Cazadores de gigantes

Laura Ávila

Ilustraciones de Lola Noguer

loqueleo

El dragón

Chawar vivía con su mamá, sus hermanos y los cazadores. Ya podía manejar la lanza, aunque todavía no lo dejaban salir con los grandes.

Un poco era por miedo a que se perdiera en el valle. Otro poco, porque los animales que cazaban eran tan enormes, que hasta los mayores les tenían miedo. Para atrapar a uno tenían que juntarse todos los cazadores.

A Chawar lo dejaban en la cueva, en el refugio de la montaña, junto a los otros chicos. Algunos eran de distintas familias, porque sus madres se habían unido al grupo durante alguna mudanza. La gente no se quedaba

mucho tiempo en un lugar. Cuando el sol se achicaba y llegaba el invierno, se abrigaban y buscaban un clima más cálido.

Los cazadores traían carne fresca. Fresca, dura y cruda. Por suerte Chawar tenía buenos dientes. Le encantaba la carne. Todos los chicos preferían unos buenos cortes bien jugosos. Todos menos Kanka. A él le impresionaba la carne cruda.

Kanka era chiquito y frágil. Había aparecido en el valle solo, en medio de una tormenta. Mojado hasta el hueso, no supo explicar de dónde venía. La mamá de Chawar le dio una piel abrigada para que pasara la noche, apiñado con los otros chicos para entrar en calor.

Así, Kanka aprendió a pescar con una mano, como hacían ellos, y descubrió unas frutas rojas que se podían comer. También habló pronto el idioma de Chawar y de su gente. A todo se acostumbró, menos a la carne cruda y a la noche. La oscuridad lo ponía nervioso.

Una tarde, los cazadores volvieron al refugio alborotados.

—¡Vimos un nuevo animal! —contaron entusiasmados.

—¿Grande o chico? —preguntó Chawar.

—¡Enorme! ¡Es alto pero muy liviano!

—¡Nos quiso robar la carne! Llegó a morder a Illa, pero igual la trajimos.

Illa tenía un brazo tapado. Con la mano sana, dejó el morral con la carne en medio de la ronda. La mamá de Chawar la sacó: su color era raro, casi morado.

—¡Esta carne está mal!

Los cazadores se quedaron sorprendidos.

—¡El animal nuevo le hizo algo a la comida!

Para sorpresa de todos, Kanka se acercó y tomó una pata de mastodonte. Le dio un buen mordisco.

—¡Está deliciosa! —dijo, con su voz tímida.

Chawar quiso comer, pero su mamá lo apartó para protegerlo. Probó ella primero:

—¡Kanka tiene razón! ¡Está riquísima!

El grupo se abalanzó y comió la carne mejorada por el animal desconocido. Chawar también. Era excelente.

A la noche, Kanka se le acercó en la oscuridad.

—¿Chawar? —lo llamó susurrando.

Chawar no podía verlo, pero lo adivinaba entre las sombras.

—Kanka…, ¿qué pasa?

—Yo conozco al animal que vieron los cazadores. Se llama dragón, vivíamos con él en mi antiguo grupo.

—¡Mirá que sos mentiroso! ¡Los cazadores dicen que es enorme!

—El dragón crece al tamaño que vos quieras. Solo hay que saber cuidarlo.

Chawar se acomodó para dormir. Escuchó aún la voz de Kanka:

—El dragón te acompaña en la noche, puede ser un buen amigo.

Al otro día, Chawar quiso saber más cosas del dragón. Si vivía en el valle o en la montaña, si aullaba o corría.

—El dragón sisea y crepita —le aseguró Kanka, misterioso.

—¡Yo lo quiero ver! —dijo Chawar.

Kanka lo apartó del camino de las bayas y le dijo:

—Yo puedo cazar al dragón. Pero me tenés que ayudar.

Chawar dudó. Tan chico y débil, Kanka, ¿sería capaz de cazar un animal así?

Esa mañana los dos juntaron raíces secas, ramas partidas, cortezas de árboles. Luego se escaparon al río llevando su carga.

—¿Esto es para que coma el dragón? —preguntó Chawar.

—¡Sí! ¡Ahora hay que agarrar piedras!

—¿Lo vamos a cazar a piedrazos?

Kanka no lo escuchaba. Buscaba piedras con bordes especiales. Al fin encontró cuatro que lo convencieron. Le dio dos a Chawar y le dijo esperanzado: